

Apología del silencio

Por Cintli Feria Pulido
chintli@hotmail.com

Puede vérselos por todas partes. En el autobús, la calle, las iglesias y salones de clases, en parques y salas de espera... Son los chicos *Ipod*. Parece la enfermedad del siglo XXI, de contagio rapidísimo: delgados cablecitos rodean el cuello del enfermo y se incrustan en sus orejas para suministrarle descargas de música por horas, por días, por años...

Dice Sklovsky en algún texto que el auto de carreras obligó a los hombres a la velocidad extrema. ¿Qué más puede hacerse con 550 caballos de fuerza sino pisar hasta el fondo el acelerador? ¿A qué orilla un aparato diminuto con hasta diez mil canciones (¡Oh nanomaravilla!) sino a escuchar y escuchar música hasta la sordera?

¿Expresa ese traer el *Ipod* en todos lados y a todas horas amor a la música? Tal vez. Pero “amar la música” también se ha convertido en un atractivo más de la personalidad, en moneda de cambio en el mercado del estatus social. Entonces hay que escuchar mucha música, si es posible siempre escuchar música, no poder vivir sin ella. Y saber de grupos y cantantes, de canciones y videos.

Yo descreo de tanta melomanía. Porque lo dice el refrán: de lo bueno, poco. Porque el arte debe suministrarse en dosis precisas, a veces homeopáticas. Porque “hasta la belleza cansa”. Porque a veces hay que ir sólo sentados en el autobús, mirando por la ventanilla; o en la sala de espera estarse quieto, esperando.

He oído de personas que llegan a casa y prenden el televisor, así, como en automático; o prenden la radio, por tener una bulla, un ruido, un sonsonete que las libre del silencio. Cuánto desprecio al silencio. Pero el “silencio” es en realidad muy sonoro: crujen las paredes de la casa, como placas tectónicas en leves reacomodos; chillan los ratones en su lenguaje diminuto; se oye el caminar de las salamanguetas, liberadas de la fuerza gravitacional...

Los chicos *IPod* debieran escuchar más la música del mundo, el ritmo de la Tierra: el viento acariciando los árboles, atravesando los cercados para entrar por las ventanas; el viento deslizándose sobre el pasto a la hora del atardecer. El agua cayendo en el techo, resbalando por las tejas de las viejas casonas. Debieran escuchar más “el silencio verde de los campos”, la música de las plantas.